

San José, modelo de los consagrados, a la luz de la carta apostólica *Patris Corde*¹

Hna. Adriana Beatriz Mallol, M.D.

Doctora en Letras y profesora de Doctrina Sagrada, Instituto "Mater Dei", San Luis, Argentina.

Notas

Introducción

El 8 de diciembre de 2020 hemos festejado los *150 años* de la proclamación de San José como *Patrono de la Iglesia Universal*. Ese día, el papa Francisco nos hizo el inmenso regalo de la apertura de un *Año dedicado al Esposo de María* con su carta apostólica *Patris Corde (Con corazón de Padre)*. Esta bella sorpresa nos alegró a todos los católicos porque nos brindaba la ocasión de conocer mejor la figura y la misión de San José y nos permitía acercarnos especialmente a su Corazón manso y humilde.

En efecto, el papa señala que el fin de su Carta es que crezca en todos los católicos «el amor a este gran santo, para ser impulsados a implorar su intercesión e imitar sus virtudes, como también su resolución». Nos recuerda que todos podemos «encontrar en San José —el hombre que pasa desapercibido, el hombre de la presencia diaria, discreta y oculta— un intercesor, un apoyo y una guía en tiempos de dificultad».

Esta jornada dedicada a la Vida Consagrada en nuestra diócesis, vivida en este Santuario de Cotignac, donde San José se apareció en 1660 a un pastor sediento a punto de desfallecer, debe ser para nosotros una ocasión de hacer crecer nuestra admiración y nuestra confianza en la paternidad de San José.

En esta conferencia, nos proponemos recorrer un pequeño camino de interiorización para profundizar el sentido de nuestra vida entregada completamente a Dios y a la Iglesia, y para contemplar la vida de San José a fin de tomarlo como nuestro modelo.

En primer lugar, recordaremos cuál es la grandeza y la misión de la vida consagrada, en segundo lugar, a partir de la carta *Patris Corde*, contemplare-

¹ La presente conferencia fue pronunciada el 11 de septiembre 2021, en el Santuario Saint Joseph du Bessillon (Cotignac, Francia), con ocasión de la Peregrinación de los consagrados de la diócesis de Fréjus-Toulon en el Año dedicado a San José.

mos las virtudes de San José que puedan iluminarnos y ayudarnos a crecer en nuestra entrega.

I. La vida consagrada en la Iglesia

Son numerosos los documentos del Magisterio que hablan de la belleza y de la misión de la vida consagrada en la Iglesia. Hemos elegido dos que nos guiarán en nuestra reflexión. En primer lugar, el *Código de Derecho Canónico*; en segundo lugar, la exhortación de San Juan Pablo II *Vita Consecrata* de la que acabamos de festejar, el 25 de marzo, las Bodas de Plata de su publicación.

1. *El Código de Derecho Canónico* explica en el can. 573 - § 1.

La vida consagrada por la profesión de los consejos evangélicos es una forma estable de vivir en la cual los fieles, siguiendo más de cerca a Cristo bajo la acción del Espíritu Santo, se dedican totalmente a Dios como a su amor supremo, para que entregados por un nuevo y peculiar título a su gloria, a la edificación de la Iglesia y a la salvación del mundo, consigan la perfección de la caridad en el servicio del Reino de Dios y, convertidos en signo preclaro en la Iglesia, preanuncien la gloria celestial.

Subrayaremos algunas afirmaciones importantes de dicho canon que esclarezcan la naturaleza de la vida consagrada.

En primer lugar, el Código dice que la Vida consagrada implica un don especial del Espíritu Santo, es decir, *una gracia divina* que permite a la persona entregarse a Dios más radicalmente, en cuerpo y alma, con todos sus bienes materiales y espirituales.

Esta gracia ayuda a la persona consagrada a seguir a Cristo más de más en su misterio de muerte y de resurrección a través de la profesión de los consejos evangélicos, es decir, de castidad, de pobreza y de obediencia. Estos consejos deben ser vividos de manera estable.

A continuación, el Código señala que la vida de los consagrados debe estar marcada por una caridad intensa. Ella debe testimoniar el valor de los bienes futuros y ser signo luminoso del Reino de los cielos.

Por otro lado, el can. 607, dedicado a la vida religiosa, enuncia:

§ 1. La vida religiosa, como consagración total de la persona, manifiesta el desposorio admirable establecido por Dios en la Iglesia, signo de la vida futura. De este modo el religioso consuma la plena donación de sí mismo como sacrificio ofrecido a Dios, por el que toda su existencia se hace culto continuo a Dios en la caridad.

Este canon retoma el *aspecto escatológico* de la vida consagrada —signo del siglo futuro—, muestra esta consagración como una *unión sponsal con Dios*, y pone de relieve un aspecto importante de la vida religiosa: ser un *holocausto*, es decir, que el religioso pertenece completamente a Dios, ha sido elegido por Él para pertenecerle de una manera radical y exclusiva. La persona así elegida, ha recibido una *gracia nueva*, ella «ha sido separada» del resto de los bautizados para dedicarse completamente a Dios y a su Reino.

2. Por su parte, la exhortación apostólica *Vita Consecrata* (VC) comienza explicando que:

A lo largo de los siglos nunca han faltado hombres y mujeres que, dóciles a la llamada del Padre y a la moción del Espíritu, han elegido este camino de especial seguimiento de Cristo, para dedicarse a Él con corazón «indiviso» (cf. *1Co* 7,34). También ellos, como los Apóstoles, han dejado todo para estar con Él y ponerse, como Él, al servicio de Dios y de los hermanos. De este modo han contribuido a manifestar el misterio y la misión de la Iglesia con los múltiples carismas de vida espiritual y apostólica que les distribuía el Espíritu Santo, y por ello han cooperado también a renovar la sociedad (VC, n. 1).

El documento pone el acento sobre una vocación especial a abandonar todo por un amor más grande, por la “Perla preciosa”. Es una llamada especial a servir a Dios y a su Iglesia con un *corazón indiviso*, es decir, con la *totalidad de la persona*, cuerpo y alma. En definitiva, se trata de una «elección que se expresa en la radicalidad del don de sí *por amor al Señor Jesús*».

En efecto, los consagrados reciben una vocación y una gracia sobrenaturales para hacer de Cristo el centro de sus vidas. Ellos han sido llamados a seguirlo de más cerca imitando su vida casta, pobre y obediente. *Vita Consecrata* explicita:

Mediante la profesión de los consejos evangélicos la persona consagrada no solo hace de Cristo el centro de la propia vida, sino que se preocupa de reproducir en sí mismo, en cuanto es posible, «aquella forma de vida que escogió el Hijo de Dios al venir al mundo». Abrazando la virginidad, hace suyo el amor virginal de Cristo y lo confiesa al mundo como Hijo unigénito, uno con el Padre (cf. *Jn* 10,30; 14,11); imitando su pobreza, lo confiesa como Hijo que todo lo recibe del Padre y todo lo devuelve en el amor (cf. *Jn* 17,7.10); adhiriéndose, con el sacrificio de la propia libertad, al misterio de la obediencia filial, lo confiesa infinitamente amado y amante, como Aquel que se complace solo en la voluntad del Padre (cf. *Jn* 4,34), al que está perfectamente unido y del que depende en todo (VC, 16).

En efecto, a propósito de los consagrados, la tradición secular de la Iglesia ha visto en la profesión de esta *triada* la imitación más estrecha de Cristo mismo quien ha vivido sobre la tierra de manera casta, pobre y obediente.

El Documento presenta, finalmente, una síntesis perfecta de la vida consagrada afirmando:

Este es el sentido de la vocación a la vida consagrada: una iniciativa enteramente del Padre (cf. *Jn* 15,16), que exige de aquellos que ha elegido la respuesta de una entrega total y exclusiva. La experiencia de este amor gratuito de Dios es hasta tal punto íntima y fuerte que la persona experimenta que debe responder con la entrega incondicional de su vida, consagrando todo, presente y futuro, en sus manos. Precisamente por esto, siguiendo a santo Tomás, se puede comprender la identidad de la persona consagrada a partir de la totalidad de su entrega, equiparable a un auténtico holocausto (VC, 17).

En definitiva, el Magisterio subraya la gratuidad de la vocación a la vida consagrada y la totalidad de la respuesta que implica unirse a la Pasión y a la Resurrección de Cristo. La persona llamada se abandona totalmente a Dios con un corazón indiviso. Es por esa razón que se compara la vida religiosa a un *holocausto*, es decir, a un sacrificio completo en el que todo pertenece a Dios.

II. San José, un modelo para la vida consagrada

El papa Francisco, en su carta apostólica *Patris corde*, nos invita a mirar a San José «a fin de imitar sus virtudes y su resolución». Con este fin nos muestra diferentes aspectos de la fisonomía del santo que pueden ayudarnos en esa imitación. Por nuestra parte, vamos a contemplarlo como un espejo para nuestra vida de consagrados.

1. Padre amado

El papa sostiene:

La grandeza de san José consiste en el hecho de que fue el *esposo de María y el padre de Jesús*. San Pablo VI observa que su paternidad se manifestó concretamente al haber hecho de su vida un servicio, un sacrificio al misterio de la Encarnación y a la misión redentora que le está unida; al haber utilizado la autoridad legal, que le correspondía en la Sagrada Familia, para hacer de ella un don total de sí mismo, de su vida, de su trabajo; al haber convertido su vocación humana de amor doméstico en la oblación sobrehu-

mana de sí mismo, de su corazón y de toda capacidad en el amor puesto al servicio del Mesías nacido en su casa.

Vamos a destacar las expresiones del documento más importantes para nosotros:

- a) San José ha hecho de su vida *un servicio*, un *sacrificio* ofrecido al Misterio de la Encarnación.
- b) San José ha hecho un *don total de sí*, de su vida, de su trabajo.
- c) San José ha puesto al servicio del Mesías *todo su corazón* y toda su capacidad de amar.

Hemos visto anteriormente cómo *Vita Consecrata* presentaba la vida religiosa como un *holocausto de amor*. La vida de San José, completamente entregada a Dios, a su designio de amor, debe ser para nosotros un ejemplo cotidiano.

2. Padre en la ternura

El papa Francisco explica que el Dios de Israel es un Dios de ternura. Todos los salmos hacen referencia a ello y, seguramente, San José ha rezado con ellos. El salterio presenta un Dios que es un Padre paciente, que enseña a su Pueblo elegido a crecer a través de las pruebas pero que está siempre presente para socorrerlo:

La historia de la salvación se cumple creyendo «contra toda esperanza» (Rm 4,18) a través de nuestras debilidades. Muchas veces pensamos que Dios se basa solo en la parte buena y vencedora de nosotros, cuando en realidad la mayoría de sus designios se realizan a través y a pesar de nuestra debilidad [...]. El Maligno nos hace mirar nuestra fragilidad con un juicio negativo, mientras que el Espíritu la saca a la luz con ternura. La ternura es el mejor modo para tocar lo que es frágil en nosotros [...].

También a través de la angustia de José pasa la voluntad de Dios, su historia, su proyecto. Así, José nos enseña que tener fe en Dios incluye además creer que Él puede actuar incluso a través de nuestros miedos, de nuestras fragilidades, de nuestra debilidad. Y nos enseña que, en medio de las tormentas de la vida, no debemos tener miedo de ceder a Dios el timón de nuestra barca. A veces, nosotros quisiéramos tener todo bajo control, pero Él tiene siempre una mirada más amplia.

Con esta segunda reflexión, el Santo Padre quiero darnos coraje en nuestra vida, a veces muy probada. Nos presenta el ejemplo de *confianza heroica* de San José quien no tuvo miedo de aceptar su fragilidad personal puesto que se sabía sostenido por el poder del Padre celestial que guiaba su vida.

3. Padre en la obediencia

El tercer aspecto que presenta la Carta a nuestra consideración es la obediencia de San José. El papa explica que «En la Biblia, como en todos los pueblos antiguos, los sueños eran considerados como uno de los medios por los cuales Dios manifiesta su voluntad».

San José ha tenido cuatro sueños a través de los cuáles un Ángel le anuncia los proyectos de Dios.

En el primer sueño, el Ángel le anuncia que el embarazo incomprensible de María viene del Espíritu Santo. En el segundo sueño, el Ángel ordena a José huir a Egipto porque la vida del Recién Nacido está en peligro. A través del tercer sueño, el Mensajero divino le ordena levantarse, tomar consigo al Niño y a su Madre y regresar a la tierra de Israel (cf. Mt 2,19-20). Pero durante el viaje de regreso, se le advierte que se dirija a Nazaret.

El papa señala, finalmente, que «En cada circunstancia de su vida, José ha sabido pronunciar su “Fiat”, como María en la Anunciación, y como Jesús en Getsemaní».

Con su ejemplo, San José nos enseña que en la obediencia se expresa nuestra adhesión a la voluntad divina. Su disponibilidad y su docilidad al querer de Dios son la expresión de un corazón humilde, lleno de fe.

4. Padre en la acogida

La cuarta actitud que subraya el papa Francisco es *la acogida* de San José, puesto que él acepta a María y al Misterio que ella llevaba, sin fijar condiciones previas. Leemos en *Patris corde*:

Muchas veces ocurren hechos en nuestra vida cuyo significado no entendemos. Nuestra primera reacción es a menudo de decepción y rebelión. José deja de lado sus razonamientos para dar paso a lo que acontece y, por más misterioso que le parezca, lo acoge, asume la responsabilidad y se reconcilia con su propia historia. [...]

La vida espiritual de José no nos muestra una vía que explica, sino una vía que acoge. Solo a partir de esta acogida, de esta reconciliación, podemos también intuir una historia más grande, un significado más profundo.

El papa señala la importancia de aceptar con realismo y humildad nuestra propia realidad, todo lo que hemos vivido, sea gozoso o doloroso. No se trata de hacer muchas preguntas a Dios sino de aceptar en la confianza lo que Él ha permitido para nosotros. El Santo Padre continúa:

José no es un hombre que se resigna pasivamente. Es un protagonista valiente y fuerte. La acogida es un modo por el que se manifiesta en nuestra vida el don de la fortaleza que nos viene del Espíritu Santo. Solo el Señor puede darnos la fuerza para acoger la vida tal como es, para hacer sitio incluso a esa parte contradictoria, inesperada y decepcionante de la existencia.

Como Dios dijo a nuestro santo: «José, hijo de David, no temas» (Mt 1,20), parece repetirnos también a nosotros: «¡No tengan miedo!»”. Tenemos que dejar de lado nuestra ira y decepción, y hacer espacio —sin ninguna resignación mundana y con una fortaleza llena de esperanza— a lo que no hemos elegido, pero está allí. Acoger la vida de esta manera nos introduce en un significado oculto. La vida de cada uno de nosotros puede comenzar de nuevo milagrosamente, si encontramos la valentía para vivirla según lo que nos dice el Evangelio.

5. Padre de la valentía creativa

El papa Francisco desea que nuestra meditación sobre San José sea “realista”, a fin de que ella nos ayude a emprender una verdadera purificación interior, incluso una curación si fuera necesario. Por ese motivo había señalado en el párrafo precedente que, siguiendo el ejemplo del Esposo de María, nuestra primera actitud debe ser siempre “la aceptación humilde” de nuestra propia historia.

En este quinto punto: él nos aconseja suplicar a Dios que nos conceda tener una *valentía creativa* delante de las dificultades de la vida, es decir, evitar la parálisis del desánimo y del miedo. La Carta precisa:

Esta (la valentía creativa) surge especialmente cuando encontramos dificultades. De hecho, cuando nos enfrentamos a un problema podemos detenernos y bajar los brazos, o podemos ingeniárnoslas de alguna manera. A veces las dificultades son precisamente las que sacan a relucir recursos en cada uno de nosotros que ni siquiera pensábamos tener.

Muchas veces, leyendo los “Evangelios de la infancia”, nos preguntamos por qué Dios no intervino directa y claramente. Pero Dios actúa *a través de eventos y personas*. José era el hombre por medio del cual Dios se ocupó de los comienzos de la historia de la redención. Él era el verdadero “milagro” con el que Dios salvó al Niño y a su madre [...].

Dios siempre encuentra un camino para cumplir su *plan de salvación*. Incluso nuestra vida parece a veces que está en manos de fuerzas superiores, pero el Evangelio nos dice que Dios siempre logra salvar lo que es importante, con la condición de que tengamos la misma *valentía creativa* del carpintero de Nazaret, que sabía *transformar un problema en una oportunidad*, anteponiendo siempre *la confianza en la Providencia*.

Si a veces pareciera que Dios no nos ayuda, no significa que nos haya abandonado, sino que confía en nosotros, en lo que podemos planear, inventar, encontrar.

Siguiendo el ejemplo de San José, estamos invitados a recibir los problemas y las pruebas con fe y confianza, mirándolas como “oportunidades” para crecer, para madurar en nuestra vida de consagrados.

6. Padre trabajador

En este último punto el papa nos explica que:

Un aspecto que caracteriza a san José y que se ha destacado desde la época de la primera encíclica social, la *Rerum novarum* de León XIII, es su relación con el trabajo. San José era un carpintero que trabajaba honestamente para asegurar el sustento de su familia. De él, Jesús aprendió el valor, la dignidad y la alegría de lo que significa comer el pan que es fruto del propio trabajo [...].

La persona que trabaja, cualquiera que sea su tarea, colabora con Dios mismo, se convierte un poco en creador del mundo que nos rodea [...]. La obra de san José nos recuerda que el mismo Dios hecho hombre no desdeñó el trabajo.

En la vida religiosa, el trabajo es una expresión *del voto de pobreza*. Es imitar a Cristo que ha vivido del trabajo de sus manos, como su padre nutricio le ha enseñado. El trabajo, en la historia de la vida monástica, tuvo aspectos diversos: trabajo manual, trabajo intelectual, trabajo apostólico en la enseñanza, el cuidado de los enfermos, la acogida de los huérfanos, de las viudas, de los más desvalidos, etc.

Todas estas dimensiones diferentes ponen el acento sobre lo que es lo más importante: todo tipo de trabajo debe ayudar a los religiosos a crecer en la humildad, el despojo, el espíritu de servicio. Debe ayudarlos a una unidad interior, puesto que se trabaja con el cuerpo y con el alma. Parafraseando el *Génesis*, podríamos decir «que el hombre no separe lo que Dios ha unido». Puesto que Él nos ha creado con un cuerpo y con un alma, es en esa unión inseparable que el hombre rinde culto a Dios. Además, el trabajo ha sido siempre el medio a través del cual los monjes han equilibrado su vida de oración, han podido proveer a las necesidades de su vida comunitaria y han asegurado la limosna a los más desfavorecidos.

San José nos enseña, con su ejemplo, la importancia del trabajo en la vida religiosa.

7. Padre en la sombra

Para terminar, el papa Francisco presenta a San José con la imagen sugestiva de la *sombra*, diciendo que él es para Jesús «la sombra del Padre celestial». Señala la importancia de toda paternidad humana y el aprendizaje que ello significa. En último lugar, el papa explica por qué la tradición ha calificado a San José de “castísimo” y pone el acento sobre la necesidad de tener hoy en día verdaderos *padres espirituales*. Escribe:

En la sociedad de nuestro tiempo, los niños a menudo parecen no tener padre. También la Iglesia de hoy en día necesita padres [...]. Ser padre significa introducir al niño en la experiencia de la vida, en la realidad. No para retenerlo, no para encarcelarlo, no para poseerlo, sino para hacerlo capaz de elegir, de ser libre, de salir. Quizás por esta razón la tradición también le ha puesto a José, junto al apelativo de padre, el de “castísimo”. No es una indicación meramente afectiva, sino la síntesis de una actitud que expresa lo contrario a poseer. La castidad está en ser libres del afán de poseer en todos los ámbitos de la vida. Solo cuando un amor es casto es un verdadero amor. El amor que quiere poseer, al final, siempre se vuelve peligroso, aprisiona, sofoca, hace infeliz. Dios mismo amó al hombre con amor casto, dejándolo libre incluso para equivocarse y ponerse en contra suya. La lógica del amor es siempre una lógica de libertad, y José fue capaz de amar de una manera extraordinariamente libre. Nunca se puso en el centro. Supo cómo descenderse, para poner a María y a Jesús en el centro de su vida.

Esta reflexión del papa es muy rica para nosotros puesto que hemos hecho un voto de *castidad perfecta por el Reino de los cielos*. Por medio de ese voto, hemos entregado a Cristo, nuestro Esposo, toda nuestra capacidad afectiva a fin de amarlo de una manera total y exclusiva quedando así más disponibles y libres para amar a nuestros hermanos con un corazón puro. Como San José, nosotros hemos hecho de nuestra vida un don. El papa termina este séptimo punto con este consejo muy práctico:

Siempre que nos encontremos en la condición de ejercer la paternidad, debemos recordar que nunca es un ejercicio de posesión, sino un “signo” que nos evoca una paternidad superior. En cierto sentido, todos nos encontramos en la condición de José: sombra del único Padre celestial, que «hace salir el sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos» (Mt 5,45); y sombra que sigue al Hijo.

Conclusión

Queridos consagrados, ustedes vinieron en peregrinación a este Santuario del Bessillon en el Año de San José. Toda peregrinación debe ser expresión de

un camino de interiorización, de búsqueda espiritual. No podemos regresar a nuestras comunidades sin haber pedido con insistencia a San José que *transforme nuestros corazones*.

Al comienzo de nuestra conferencia hemos dicho que, justamente, esta Jornada debía ayudarnos:

- a. A conocer más profundamente la grandeza de nuestra vocación y
- b. A contemplar a San José como nuestro modelo.

Con este fin, hemos comenzado por profundizar algunos aspectos de nuestra consagración, tales como: 1) la gratuidad de nuestra vocación; 2) la necesidad de la gracia divina; 3) el llamado a seguir a Cristo en su vida casta, pobre y obediente; 4) la totalidad del don de nuestra vida que es comparable a un *holocausto*; 5) la importancia de recibir las pruebas de todos los días como una *cruz gloriosa*, puesto que ellas nos hacen “cristiformes”.

Por otra parte, para descubrir a San José como nuestro modelo y nuestro protector especial, hemos comentado algunos párrafos de la carta apostólica *Patris Corde*. Hemos señalado que el fin de dicha exhortación es que crezcamos en el amor hacia San José para suplicarle su intercesión a fin de que nos ayude a imitarlo.

El papa Francisco termina el documento con este deseo que tenemos que acoger seriamente:

La misión específica de los santos no es solo la de conceder milagros y gracias, sino la de interceder por nosotros ante Dios [...]. Los santos ayudan a todos los fieles «a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad». Su vida es una prueba concreta de que es posible vivir el Evangelio [...]. No queda más que implorar a san José la gracia de las gracias: *nuestra conversión*.

Finalizamos esta conferencia con la oración del papa Francisco, pidiendo a San José que nos guarde en su *corazón de Padre* y que nos ayude a convertirnos, es decir, a reemprender nuestro camino hacia Dios con un corazón renovado por el amor y la confianza:

Salve, custodio del Redentor
y esposo de la Virgen María.
A ti Dios confió a su Hijo,
en ti María depositó su confianza,
contigo Cristo se forjó como hombre.

Oh, bienaventurado José,
muéstrate padre también a nosotros
y guíanos en el camino de la vida.
Concédenos gracia, misericordia y valentía,
y defiéndenos de todo mal. Amén.